

LA CENSURA,

REVISTA MENSUAL.

PUBLICANLA EL EDITOR Y SOCIOS LITERARIOS DE LA BIBLIOTECA RELIGIOSA.

LITURGIA.

197. MISALES, BREVIARIOS, HORAS, DIURNOS y otros libros del rezo divino.

La *Revista católica* de Barcelona, papel por todos conceptos muy apreciable, habló por incidencia de la cuestion de libros litúrgicos en el número de agosto último; mas con una moderacion y comedimiento, que contrastan asombrosamente con la virulencia y destemplanza del P. Magin. La respuesta que hemos dado á este en lo sustancial, puede servir tambien para el señor A. P., articulista de la *Revista católica*, quien opina asimismo por la libertad de la impresion de dichos libros; pero no podemos menos de deshacer algunas equivocaciones en que ha incurrido.

No es cierto que la compañía de impresores y libreros tenga la exclusiva de la impresion con obligacion de satisfacer cierta suma al monasterio del Escorial. Este paga á la compañía el importe de las impresiones, y sobre dicho precio recarga la cuarta parte, siendo de su cuenta la expencion.

Otra equivocacion de la *Revista* es que por la extincion de las comunidades religiosas y de consiguiente la del Escorial se ha creido el estado heredero del privilegio ó de la percepcion de los emolumentos mientras dure el contrato. El producto de los libros del rezo, deducidos los gastos, está destinado al sosten de la biblioteca y sacristia del Escorial, las cuales hasta hoy siguen abiertas; y es de advertir que en mejores tiempos se quejaban ya los monjes de que no bastaban los rendimientos para atender á tan importantes objetos. Como se parte del error de que la compañía tiene el privilegio exclusivo de expender los libros con la carga de satisfacer un tanto al Escorial, se supone equivocadamente ligado el privilegio de este real monasterio al contrato con aquella sociedad. Mas aunque mañana se rescindiera ó concluido no se renovara dicho contrato, quedaria en pie el derecho de exclusiva expencion adquirido por el monasterio en virtud de reales cédulas y tres siglos de constante posesion.

La *Revista* manifiesta su deseo de que el gobierno deje libre la impresion de los libros

litúrgicos, *salvo empero el derecho de los ordinarios sobre la revision é inspeccion que les incumbe*. En esto procede equivocada: en España ese derecho radica exclusivamente en el comisario general de cruzada, y aun dado caso que se concediera á los impresores la anhelada libertad, tendrian siempre que someterse los libros al reconocimiento y aprobacion de dicho juez apostólico. No podemos creer lo que se dice de la tolerancia de los señores obispos en punto á los libros del rezo, por lo mismo que nos consta su respeto nunca dementido á los mandatos de la santa sede, ni prueba nada lo de los breviarios y misales impresos en Venecia, Amberes etc., porque muy bien pudieron haberse impreso en esas ciudades y correr en España con licencia del comisario de cruzada. Pero si desgraciadamente hubiese prevalecido tal corruptela en alguna diócesis, ¿qué valor tiene contra un rescripto pontificio terminante y vigente todavia?

Parece como que nos hace la *Revista* un cargo por haber desenterrado antiguos documentos; mas no creemos que pierdan un ápice de su fuerza por la antigüedad, no estando derogados. Y á la verdad desearamos que ya que los ilustrados y sensatos redactores de aquel papel han tocado esta cuestion, hubieran apelado para rebatir nuestra opinion á otras armas que la vejez de los documentos alegados por nosotros y la corruptela.

En cuanto á que LA CENSURA ha puesto en tortura la conciencia de los eclesiásticos mas sencillos y tímidos, diremos que los que lo sean verdaderamente, saben ya cuál es su deber y nada pierden ni arriesgan, pues los breves pontificios y las provisiones de los comisarios de cruzada previenen se proceda con benignidad respecto de los que han estado de buena fé en el error; de manera que ni aun pérdida material se les sigue hallandose en ese caso.

Sentimos que los respetables escritores de la *Revista católica* disientan de nosotros en cuestion de tanta monta; y tendríamos una indecible satisfaccion en que examinandola mas despacio conviniesen al cabo en nuestro dictamen.

FILOSOFÍA.

198. AGONIA Y MUERTE ENTODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD, CONSIDERADAS BAJO EL ASPECTO HUMANITARIO, FISIOLOGICO Y RELIGIOSO; por H. Lauvergne: traduccion de los señores D. Francisco Luis de Retes y D. Juan Garcia de Torres: dos tomos en 4.º

«El autor de esta obra (asi hablan en el prólogo sus traductores), dominado por el pensamiento religioso á la vez que humanitario y filosófico de que una muerte feliz ó miserable, moralmente hablando, es el resultado preciso y lógico de una vida buena ó mala, física y moral, juzgó ser de alta conveniencia social el presentar á todas las clases el cuadro exacto y patente *de la agonía y de la muerte*, no valiendose de la obscuridad y de los recursos metafísicos, sino de los naturales y sencillos al alcance de todas las capacidades, ya trasladando la imaginacion al lecho miserable de la indigencia, al filosófico del hospital y al pocas veces feliz del opulento y del magnate. Allí escuchando sus palabras de muerte, sus recuerdos de la vida y sus esperanzas ó temores de la eternidad es donde únicamente puede comprenderse todo lo que hay de grande en esta escena, de que somos de continuo indiferentes y frios espectadores. Impulsado por un espíritu esencialmente religioso, bien lejano por cierto del fanatismo, y de que nada hay de mas revelador y profético que el hombre moribundo, nos ofrece en pos de sus convincentes y lógicas reflexiones los ejemplos mas notables que acrediten la exactitud de sus palabras.»

El objeto, como se ve, no puede ser mas loable, y ¡ojalá que el autor no profesase ciertas doctrinas peligrosas, ni se hubiese dejado llevar de rancias *preocupaciones*, siendo asi que tanto tacha de tales las piadosas y sencillas prácticas de devocion aprendidas en nuestra infancia y continuadas por los que no se corrompen y pervierten con el mal ejemplo y el hálito pestilente de la impiedad! Reconocemos que Mr. Lauvergne profesa en general los dogmas y creencias de nuestra religion, y de consiguiente admite la espiritualidad é inmortalidad del alma y la vida futura; pero al propio tiempo se muestra partidario decidido de la doctrina frenológica que tiene por verdadera ciencia; y como sea constante en sentir de los sabios que la frenologia

ha servido y sirve todavia para fomentar el materialismo: que su tendencia facilmente es fatalista y materialista, como que se inclina tanto á confundir la pasividad orgánica con la actividad intelectual y moral del hombre; y por último que se ha hecho enteramente materialista en manos de los modernos frenólogos, los cuales la miran como una demostracion científica de la materialidad del alma; deducese que por necesidad ha de acercarse nuestro autor en sus inducciones frenológicas al materialismo, por mas que proteste en diversos pasajes de su obra la doctrina contraria. Asi es en efecto: por eso se ve que al paso que admite la espiritualidad del alma humana, hace esclavo al hombre que nace con ciertas protuberancias, de las pasiones ó inclinaciones significadas por ellas segun el sistema frenológico, sienta que hay almas humanas inferiores en especie á las de los brutos (p. 7 del tomo 2.º), y asegura en la 17 del mismo tomo *estar tan convencido de la falta de libre albedrio en estas criaturas imperfectas* (los hombres estúpidos y feroces), *que comparando los actos de su voluntad á los actos instintivos de algunos animales ha hecho un paralelo nada favorable á nuestra naturaleza tan encomiada por los filósofos cuando la dan el espléndido título de la primera obra de Dios en el universo* (son palabras textuales del autor). Por último cotejese lo que dice al hablar de la agonía y muerte de los hombres llamados por él *hombres instintos*, con las siguientes expresiones que se leen en la p. 21, t. 2.º:

«Existen almas que como las cosas pueden gradualmente perfeccionarse. Pero por esa regla ¿será permitido preguntar si hay almas *animales* que por error de lugar se hayan colocado en gérmenes humanos?»

En vista de todo esto vendremos á deducir sin violencia que el autor (contra su voluntad acaso) se aproxima á la doctrina del materialismo y de la soñada escala de los seres, en la que el hombre en general ocupa el lugar mas eminente; ó por mejor decir, este no es otra cosa que un mono, un orangutan mas perfecto. Todos estos principios é inducciones, que forzosamente tienen que sacar los secuaces de la doctrina de Gall y demas frenólogos, eran ya bastante motivo para que solamente los sujetos muy versados en la ciencia teológica y adornados de sólidos conocimientos en psico-

logia, anatomía y fisiología pudieran manejar una obra, cuyo autor resbala tan á menudo y da frecuentes traspies en puntos de tamaña trascendencia. Pero á mas de eso suele incurrir en otros errores graves, nacidos sin duda ó de haber sido en algun tiempo *despreocupado*, ó de haber estudiado *con preocupacion* ciertas materias y bebido algunas noticias en fuentes impuras y cenagosas. Como habríamos de llenar nuestras páginas si nos detuviéramos á señalar una por una todas las falsedades y errores en que incurre Mr. Lauvergne; nos contentaremos con apuntar los de mas bulto.

En la p. 41, t. 1.º dice que *cuando el catolicismo edificó su iglesia sobre los mutilados despojos de la mitología, se reservó el triángulo, que era el símbolo de los tres grandes poderes del universo. ¿Qué quiere decir esto sino que el fundador de la religion cristiana fue un filósofo, que engalanandose con los despojos de las creencias y cultos conocidos formó uno nuevo, todo hecho de retazos? ¿Se puede dar mentira mas impía? En la misma página sienta con sacrilega falsedad que Sócrates y Platon, estos eternos pontífices de la religion revelada, han comunicado con el cielo como lo hizo en otro tiempo Moisés en el monte Sinai para lograr la emancipacion del mundo. De manera que en el ánimo del autor son iguales y se confunden los legisladores y profetas suscitados por Dios para guiar é iluminar á los hombres en la senda de su ley y aquellos filósofos y hombres doctos de la antigüedad, que con solas las luces naturales columbraron un tanto de la verdad primordial, la existencia de un Dios único, aunque desfigurandola y afeandola con mil errores y fábulas.*

En la p. 15 y siguientes hace un paralelo entre el cristianismo y el islamismo, deteniéndose con complacencia en hablar de este último y pintar las excelencias que á juicio suyo contiene la doctrina del Coran y la secta del famoso impostor de la Meca. Para que se vea hasta dónde arrastra á nuestro autor su entusiasmo por Mahoma, baste decir que sienta en la p. 78 *que la religion predicada por este se ocupa mas del alma que del cuerpo* y que la invencion de las *huríes* fue una cosa grandiosa, sublime, la deificacion, digámoslo asi, de la beldad y del deleite; porque *¿dónde se encuentra* (pregunta arrebatado el autor) *el estado mas metafísico del alma sino en el PARASISMO de una pasion?* Mr. Lauvergne no lo dice; pero le vemos inclinado á

dar á Mahoma la preferencia sobre el legislador de los hebreos: tales son los encomios que hace de aquel charlatan embustero.

A la pintura del mahometismo sigue la del protestantismo, y el autor no halla tampoco en él tacha ni defecto, como no sea que una *religion de dogmas apuntalados por la razon nunca será la del pueblo bajo, la del pobre y la del afligido*, porque la razon no puede reemplazar á la fé, la caridad y las promesas de la revelacion. Gracias á Dios que hemos encontrado una cosa en que el catolicismo lleva la ventaja, porque nuestra religion es la misma para el rico que para el pobre, para el sabio que para el ignorante, para el fuerte que para el debil; y si cabe mas es la religion del menesterozo, del indocto y del desdichado, por cuanto los ampara, protege, ilumina y dirige.

En la p. 88 se lee esta blasfema y falsa asercion:

«Vease el prodigio: en otras partes, no bajo el cielo de Roma, con otros cerebros que los que fermentan bajo el sol de la Italia, la palabra de Cristo no se hubiera oido; para que fuera oida y comprendida solo habia un punto en el universo: este punto estaba en Roma.»

Sin duda entraba en los designios de la divina providencia que Roma fuese la basa donde descansase todo el edificio del cristianismo; pero sacar de ahí que bajo otros climas no hubiera sido oida ni comprendida la palabra de Cristo es no solo mentir contra la historia, de la cual consta que aquella divina palabra fue oida y comprendida en otras partes antes que en Roma y que de esta ciudad se propagó facil y rapidamente á todas las regiones del orbe conocido, sino que ademas es querer *localizar*, por decirlo asi, el poder de Dios y la eficacia omnimoda y absoluta de su palabra con la misma ó peor presuncion temeraria con que se intenta *localizar* el alma en el sistema frenológico.

Desde la pág. 89 hasta la 103 es una continuada serie de falsedades injuriosas á los pueblos de Italia, á sus soberanos y en especial al sumo pontífice. Segun el autor allí no hay religion, sino pura supersticion: allí no se profesa el cristianismo, sino un politeismo cristiano: allí no hay mas que estupidez y barbarie, porque si existen algunas almas verdaderamente grandes, se las anatematiza mil veces desde el púlpito: allí los gobiernos y el primero de ellos el del sumo pontífice han visto en el espíritu religioso, tal como ellos le toleran, un medio lógico de embrutecimiento

moral: allí el pueblo bajo y el pueblo medio no profesan mas que el culto de Roma revisado, aumentado y desfigurado por la incesante necesidad de *innovadas* emociones, porque es preciso que un vasallo italiano sea buen cristiano, ignorante y supersticioso: allí las oraciones, las misas, los cirios benditos, las promesas á la virgen de Loreto no son ni mas ni menos vituperables que los viajes de la abandonada griega al promontorio de Leucades: allí el culto del amor y el de Dios se confunden de tal modo, que nunca se sabe cual es lo mas amado, si el que se adora por la mañana de hinojos ó el que por la noche recibe millones de besos: allí..... Pero ¿á qué cansarnos en copiar todos los juicios por este estilo que la ilustrada buena fé de Mr. Lauvergne hace de Italia? Léanse los siguientes renglones que copiamos de la p. 93, y está dicho todo:

«Pero leamos un anuncio que dice: Esta noche en el gran teatro = *Puritani*. Sigamos leyendo: *Estará de manifiesto el santísimo sacramento en la iglesia mayor. Y* despues decia *charada*.

»La palabra que habia que descifrar era..... ¿Se comprende ahora lo que es la religion cristiana en Italia? Está cifrada en el santísimo sacramento colocado entre una ópera y una charada.»

De manera que segun el autor los estados de Italia son una sentina de crímenes y vicios mezclados con la mas torpe supersticion, y la cabeza de la iglesia consiente, aprueba, hace mas, fomenta y protege esa vida criminal y supersticiosa: ¿Con qué sacrilega impudencia escriben algunos hasta de las cosas mas trascendentales!

En la p. 125 consiguiente á sus doctrinas frenológicas sienta que ciertos hombres cometen el crimen de la violacion á *impulsos de un poder interno que subyuga su razon bruta*: en una palabra obran asi porque no pueden menos de obrar, porque carecen de libertad moral. Además dice que la lascivia *no es criminal ni inmóral como no se prostituya á la vista del mundo*. ¿Dónde habrá bebido este escritor tales principios de moral? De seguro no ha sido en las escuelas cristianas.

En la p. 175 decide en tono dogmático que cuando un hombre está fuertemente sumergido en un vicio, una conversion real es imposible. Contra esta asercion falsa por lo absoluta y general está la doctrina católica, que sin menoscabar los fueros de la justicia y de la omnipotencia de nuestro Dios es bastante para contener al malvado en su carrera;

pero no le cierra las puertas de la misericordia presentandole á la manera de nuestro autor la desesperacion final como forzosa é inevitable.

Mr. Lauvergne reprueba el suicidio tan frecuente en estos tiempos calamitosos y refiere la repeticion de este crimen á la verdadera causa, que es la negacion y olvido completo de los principios religiosos, la inobservancia de las fórmulas del culto y las doctrinas de un materialismo filosófico. Pero ¿quién creyera que un hombre que asi conoce las causas de esa terrible enfermedad *epidémica* y la condena justamente, habia de tener por *magnífico y sublime* el suicidio de los capitanes desgraciados en la guerra, que no quieren sobrevivir á su derrota, á la pérdida de su gloria y á sus valientes compañeros? Pues sin embargo asi lo dice en la p. 216, no sabiendo nosotros qué admirar mas si la inmoralidad de esta doctrina ó la futil y ridícula razon que da para apoyarla: *La Francia fue guerrera antes de ser cristiana*. ¿Podria discurrir peor ninguno de aquellos hombres estúpidos que nos pinta el autor casi idénticos á los carneros ó poco mas que unas máquinas?

En la p. 278 califica nuestro teólogo de *pecado venial* la prostitucion de aquellas mujeres que dicen haberse abandonado al mundo impelidas de la necesidad.....: como si no hubiera talleres, casas donde servir, albergues donde recogerse (aunque disminuidos y *reformados* por la mano destructora de la *filantropía*) y últimamente la caridad pública.

En la p. 39 del tomo 2.º llama el autor *semi-divina* la naturaleza de Sesostris, Alejandro y Bonaparte equiparandolos al sabio y santo Moisés. Esto es muy *filosófico*, ya que no sea muy religioso.

Hablando de aquellos fabricantes que se conducen como padres con sus obreros y que en su agonía y muerte no desmintieron la regularidad de su vida, dice que *todos los jefes de estos establecimientos, cuya vida y muerte pudiera citar, eran protestantes*. ¿Cosa mas rara! Ni un solo católico: ¿si será que estos no pueden ejercer esa autoridad paternal con sus trabajadores, ni vivir con ese espíritu de moralidad y religion como los protestantes? Es mucho entusiasmo el de nuestro autor por el protestantismo: casi casi corre parejas con el que manifiesta por la secta de Mahoma.

En la p. 117 profiere esta calumnia:

«La religion cristiana, tal como la atañan en el dia, parece tener gusto en demos-

trar los principales dogmas del panteísmo.»

Juntese con esto lo que dice del politeísmo cristiano y de las supersticiones que el papa aprueba y fomenta en sus estados, y dígame de buena fé si no es dar ganado el pleito á los protestantes.

En las p. 195, 196 y 197 reprueba el género de vida de los anacoretas y en especial de los trapenses, juzgandolos equivocadamente por las reglas del orgullo mundano y del puntilloso amor propio y teniendo por inútiles las austeridades y mortificaciones de aquellos admirables monjes. Es mucho que el autor, tan fácil de entusiasmarse cuando trata de prácticas mahometanas y protestantes, no haya conservado un grano siquiera de admiración para aquellos hombres verdaderamente heroicos, que despojandose de la grandeza del siglo, de los afectos de la carne, de todos los intereses y atractivos de la tierra se sepultan en la soledad para pensar solo en dos cosas, Dios y la eternidad. En cuanto á lo que decía aquel apóstata de la Trapa, que el tifo contraído á la cabecera de los enfermos le parecia una obra mas santamente expiatoria que la de los trapenses, no haremos sino recordar al autor las palabras de nuestro señor Jesucristo á la obsequiosa Marta cuando reprendía á su hermana Maria absorta en la contemplación: *Maria autem meliorem partem elegit.*

Ya hemos dicho que apuntariamos solamente los errores de mas bulto contenidos en esta obra: de consiguiente no se crea que no hay otros lunares é imperfecciones fuera de los señalados.

199. MARTIN EL EXPOSITO, ó MEMORIAS DE UN AYUDA DE CÁMARA, por Eugenio Sue, traducido por E. de G.: tres tomos en 4.^o con láminas.

El enconado enemigo de los jesuitas, sentado cómodamente en blando sillón, respirando el perfumado ambiente de su aposento oriental, regalado á qué quiere boca, satisfechos todos sus apetitos y caprichos, lleno de riquezas, nadando en la abundancia, colmado de aplausos y halagado en su orgullo y vanidad de escritor, en una palabra hecho una especie de sultán asiático en medio de la voluptuosa Paris, se abstrae y eleva de repente, prescinde de la realidad de su vida y goces, y con el tono de Heráclito canta una prolija elegía sobre las necesidades y dolencias de la sociedad moderna, clama contra los ricos y sus vicios, y propo-

En suma diremos nuestro juicio acerca del libro de Mr. Lauvergne. Conociendo por experiencia los males de las decantadas luces y civilización del siglo, cuyas funestas consecuencias deplora, y profesando según sienta la inmortalidad del alma y los premios y castigos de una vida futura pudiera haber compuesto un tratado interesante y hasta útil, si hubiese dejado á un lado las doctrinas frenológicas que le acercan tanto al sistema absurdo del materialismo y fatalismo, y si examinando las cosas á la luz de la verdad y no por preocupacion de secta ó de partido hubiera juzgado imparcialmente del culto católico y de los que le profesan. Por no haber seguido este rumbo se ha extraviado en trochas y veredas de perdición, en términos que su obra leída por las personas á quienes indudablemente la destinaria el autor, y que hubieran podido sacar provecho de esas observaciones reunidas á la cabecera de los moribundos, causará ahora mucho daño ya por la tendencia al materialismo y fatalismo que en ella se descubre, ya por las ideas falsas, injuriosas y calumniosas que se vierten contra el romano pontífice, prelados y fieles de sus estados, ya por ciertos errores contrarios al dogma y creencias del catolicismo que se siembran por ignorancia ó malicia. En consecuencia nuestro parecer es que no debe leerse el tratado de Mr. Lauvergne, porque los que pudieran hacerlo sin ningun riesgo, son cabalmente los que no han menester de las observaciones é inducciones del autor.

NOVELAS.

ne como única tabla de salvacion en esta deshecha tormenta la fundacion de *salansterios* ó *asociaciones* por el sistema de Fourier. En estas repúblicas pequeñas sin mas religion que el deísmo puro, ni otra moral que la de los filósofos, ni otro gobierno que el patriarcal de los directores *fourieristas* habria paz, abundancia, felicidad, vida larga: en fin serian los campos Eliseos, y volveria la edad de oro de los poetas. Poca fé debe tener el autor en la eficacia de sus planes ó poca caridad para con los pobres trabajadores, cuando siendo él tan rico no ha echado los cimientos de un *salansterio*: si en Francia no se lo consienten, ahí está la Suiza, la Inglaterra y si no los Estados Unidos; pero sin duda le parece mas fácil y sobre todo mas lucrativo llorar, y llorar cobrando sendos miles de francos por sus lágrimas. Esta hipocresía, por

mas que indigne en los llamados apóstoles de la filantropía, podría condenarse al desprecio si no fuera acompañada de siniestros fines. En efecto á vuelta de esas lamentaciones *pagadas* se va sembrando una doctrina ponzoñosa entre los lectores de tales libros, que segun se sabe son por lo comun jóvenes sin criterio ni experiencia, mujeres y gente ignorante y dispuesta á creer todo lo que halaga las pasiones y la comezon de una desenfrenada libertad.

Vamos á desentrañar tomo por tomo lo que contienen de pernicioso.

En la página 125 del 1.º se llama al emperador Marco Aurelio *uno de esos hombres dioses, de esas almas adorables y doblemente sagradas que parecen emanadas directamente de la divinidad*; sin embargo consta de la historia que aquel monarca filósofo fue cruelísimo perseguidor de los cristianos, cuya sangre corrió á torrentes bajo su reinado. ¿Si será por esta razon el proclamarle hombre Dios?

El capítulo IV titulado *La pajarera* y el V *El padre y el hijo* son escandalosos, en especial el último en que Escipion Duriveau con una impudencia sin igual se las apuesta al conde su padre y le confunde y avergüenza echándole en cara las mismas fechorías que entonces reprendía á su hijo: las páginas de este capítulo rebosan el mas asqueroso cinismo. Es verdad que el autor se propone pintar los efectos de la estragada educacion que dan á sus hijos los padres viciosos y desmoralizados: es verdad que quiere hacerlos escarmentar en cabeza del conde Duriveau; pero de todos modos la imperturbable osadía con que Escipion va refiriendo las aventuras licenciosas de su padre para mortificarle y redargüirle así: *si soy malo, hago lo que tú*; y las particularidades con que cuenta cada lance, son de malísimo efecto y pueden calificarse de una leccion para amaestrar á los caláveras.

En la p. 415 y 417 se burla de la devoción á la Virgen María que la pobre mujer de un carretero enseñaba á sus hijos. A uno de estos que contaba las cuitas de su miserable familia, le dice Martín:

«Y la Virgen santa y bondadosa recompensó á tu padre: ¿verdad?»

«¡Oh! no, me dijo candorosamente la muchacha, moviendo con tristeza su linda cabeita cubierta de rizos y dando un gran suspiro; ¡oh! no, nunca.

«Recordé entonces lo que me hiciera olvi-

dar mi conmocion, el doloroso espectáculo de que habia sido testigo en casa del carretero, y repuse:

«Es cierto, la Virgen no recompensó á tu padre por su mucho valor..... Pero entonces ¿de qué sirve rezar?»

«— Toma, ¿qué sé yo? Mamá nos decia que rezásemos con ella para ser menos infelices y para que papá fuera premiado. Nosotros lo hacíamos..... como decia mamá.

«Me ocurrió un pensamiento detestable: recordé la horrible muerte del padre de Bamboche, que tambien habia trabajado con ardor infatigable, que tambien habia amado tiernamente y que tambien habia perecido abandonado de la Virgen santa y bondadosa y de sus semejantes.»

En el tomo 2.º, p. 72 hay un capítulo titulado *Los niños ricos*, en que cuenta que habiendose llegado Martín, Bamboche y Basquina á tres niños de familias opulentas para pedirles un albergue y el preciso sustento hasta saber ganarle con su trabajo, fueron rechazados duramente y despreciados. Entonces los tres muchachos desamparados golpearon y sujetaron á los otros, echaron vino en unos vasos y brindaron por *el odio á los ricos*. Bien hace el autor en llamar *salvaje* á este brindis; pero ademas es completamente inverosímil. A esa edad ¿quién concibe una pasion tan fuerte por el comunismo, ni esa exaltacion frenética contra los ricos? Mas el caso era presentar una escena dramática del género terrible: solo falta que los chicos socialistas bebieran en cráneos humanos en lugar de vasos. ¡Ese sí que hubiera sido golpe!

En el cap. IX, p. 82 tropezamos con Claudio Gerard, maestro de escuela de las ideas del autor y por consiguiente instruido, laborioso, paciente, sobrio etc., en fin un santo de la comunión socialista y á mas víctima del cura del lugar y de la señora Honoria, ama de este, que le manda á zapatazos barrer la sacristia, abrir sepulturas y limpiar el palomar. Por supuesto que esta persecucion trae su origen *de los jesuitas*.

Martín el expósito, que tambien puede llamarse el de las aventuras, va á parar á poder del maestro susodicho, el cual emprende reformar la vida y costumbres del muchacho andante, y por via de comienzo le espeta estas sentencias:

«Lo que te ha sostenido, lo que te ha salvado es *la amistad*, la afección sincera y profunda que tenias por tus amigos y que ellos tenian por ti. Ha bastado la presencia de un

solo sentimiento bueno y generoso en su razon y en el tuyo para preservaros de una corrupcion completa. Sí, porque *habeis amado*, es por lo que habeis resistido tanto al vicio.»

Pero si *la amistad* salvó á Martin, ¿cómo no salvó tambien á Bamboche y Basquina que perseveraron fieles amigos á su manera? Sin embargo murieron consumados en la perversidad y la corrupcion.

En la p. 141 *el virtuoso* Martin no considera como un crimen el homicidio del que habia profanado el sepulcro de la madre de Regina, á quien él profesaba un amor platónico.

En la p. 137 el maestro Claudio Gerard, la víctima de los jesuitas, dice muy gravemente:

«..... el poder teme á los pueblos ilustrados, cuya educacion les enseña sus derechos y su fuerza. Así es que se trabaja porque las escuelas de los jesuitas invadan y reemplacen á las nuestras. Los jesuitas acostumbra desde la infancia á renunciar de toda dignidad humana y á un degradante servilismo. Tú has leído sus libros..... los del P. Gobinet entre otros, y has visto las generaciones que preparan á la Francia esos monjes misteriosos, *cuya regla nadie conoce* y cuyo soberano es Roma.»

¡Medrados estamos á fé! ¿Con que nadie conoce su regla, ni aun el erudito autor del *Judio errante*, que no parece sino que toda su vida ha estado revolviendo bibliotecas para desenterrar cuantos papeles y documentos existian relativos al instituto de los jesuitas?

En la p. 261 se lee un cálculo muy curioso sobre el suicidio. El ejemplar maestro de escuela no le consideraba como delito; antes decia que podia ser heroico, sublime; pero queria que antes de suicidarse resolviera el penitente estas tres cuestiones: ¿Excede la suma de mis desgracias á la suma de las fuerzas humanas? ¿Perjudica á alguien mi muerte? ¿Estoy plenamente convencido de que mi vida ha de ser en lo sucesivo inútil á mis hermanos? Resueltas estas cuestiones, la primera y tercera por la afirmativa y la segunda negativamente, cualquiera puede decidir por sí y ante sí que há lugar á suicidarse. ¡Digna moral de los *sourieristas* y de todos esos regeneradores *ejusdem furfuris*!

El capítulo XXII (p. 378 y siguientes), en que se refiere la refinada depravacion del duque de Castleby, bastaba para que esta obra se mandase desterrar de la casa de toda familia honesta.

En la p. 466 se lee esta bellísima máxima de Justo, un militar de la escuela del autor:

«Yo he creído siempre como tú que el matrimonio sin la potestad de un divorcio libertador ó vengador no era un lazo equitativo, sino una cadena cuyo peso carga casi todo sobre la mujer.»

En el tomo 3.º, p. 29, 32 y siguientes, 84 y 85 se leen trozos y párrafos enteros muy voluptuosos y lascivos.

Todos los personajes de esta perniciosa novela miran el matrimonio como un vínculo que puede romperse á voluntad de los cónyuges. Acabamos de ver lo que dice Justo. El príncipe de Montbar, obrando por los mismos principios, ofrece dejar y al fin deja en libertad á su esposa Regina; y esta á quien siempre pinta el autor como una señora virtuosa y perfecta, se separa de su esposo y se marcha con su amante. A Martin le es indiferente trabajar por la union ó la separacion de los dos esposos: él funda únicamente sus cálculos en la felicidad de Regina; si á esta le tiene cuenta dejar al príncipe y vivir con Justo, Martin enderezará á ese objeto sus esfuerzos; y al contrario trabajará por apretar los vínculos del matrimonio, si en ello sale Regina gananciosa.

Los famosos Bamboche y Basquina se envenenan para morir juntos y librarse el primero de la afrenta de acabar en el patíbulo, á que habia sido condenado por robos y homicidios. Basquina á la hora de la muerte manifiesta el profundo tedio que la devora sin embargo de ser aplaudida y celebrada, poseer riquezas y gozar comodidades y placeres: ni aun la satisfaccion de una venganza largo tiempo meditada y al cabo ejecutada es capaz de apegarla á la vida; y siempre dice para sí: *¿y despues?*

El feroz Bamboche muere tambien exclamando:

«Muero como un perro..... No creo, ni he creído en nada; pero he sido fiel..... á los juramentos..... de la infancia.»

La obra termina con la descripcion caprichosa de *una asociacion agricola*, en que Martin reconocido por su padre el conde Dúriveau vive en paz y en medio de la abundancia y felicidad.

Por conclusion tracemos con rápidas pinceladas los caracteres de los personajes principales. Martin á quien presenta el autor como un modelo de virtud, practica la moral aprendida de Claudio Gerard, el maestro deista. Así no tiene escrúpulo de coadyuvar á los amo-

res (segun él *puros*) de Regina y Justo, ni de mantener la intimidad con sus amigos Bamboche y Basquina. Verdad es que comparado con estos dos entes corrompidos Martin puede pasar por virtuoso. Bamboche ejerce el latrocinio bajo diversas formas y no le arredra el homicidio, que suele ser compañero de él. Basquina recorre los diferentes grados de la depravacion hasta llegar á la cumbre, y entonces muere como hemos visto. El conde Duriveau y su digno hijo Escipion son dos monstruos de iniquidad y libertinaje: la última fechoría de este es violar la mujer con quien estaba para casarse su padre, el cual llega á la sazón y le hiere de muerte. Como era menester que Martinito alcanzase al cabo el premio de sus virtudes y trabajos, el conde su padre despues de la catástrofe de Escipion se convierte, reconoce al expósito, le lleva á su compañía y funda en resarcimiento de todo el mal que habia hecho en su vida, la consabida asociacion agrícola. Regina es una mujer de esas que se llaman de gran tono, que por complexion ó por cálculo tiene las apariencias de buena; y decimos las apariencias, porque la única ocasion en que se pone su virtud á prueba, cede y se entrega á un amor adulterino diciendo á su amiga madama Wilson: «Y mi amor hácia Justo nació entre lágrimas, entre horrosas penas: la raiz es amarga y los frutos tienen que ser amargos..... Pero ¿qué importa? Mas vale este amor lleno de ansiedad, de amargura y de remordimientos que la vida triste, solitaria, desconsolada, que he hecho por tanto tiempo etc.» Claudio Gerard parece como *el doctor*, digamoslo así, *de la iglesia fourierista*: su sistema es el deísmo, y á él arregla su vida y conducta.

El príncipe de Montbar es un hombre estragado y orgulloso, un marido de los que creieran degradarse y hacerse ridículos si vivieran con sus mujeres en aquella franca amistad y union cordial comunes entre los matrimonios de la clase media y última.

En el doctor Clemente y su hijo Justo ha querido representar el autor el tipo ideal de dos *filántropos* á la moderna.

La Lebrase y el Tullido son dos perversos consumados, que trafican con la inocencia y la virtud y no reparan en ningun medio á

trueque de ganar dinero y satisfacer sus vicios. Las otras personas son de un orden secundario.

El objeto de esta obra es descubrir los graves vicios de que adolece la sociedad según hoy está constituida, y pintar con colores en verdad muy vivos y naturales la insultante arrogancia de esos ricachos de ayer acá, cuyas empedernidas entrañas no se conmueven ni con los lamentos de tantos infelices, ni con la terrible situacion de las naciones: este objeto seria muy laudable si al mismo tiempo se confesara la verdadera causa y se indicara el oportuno remedio de tantas dolencias. Pero lejos de eso y en vez de confesar que las profundas llagas de nuestra sociedad se deben á la revolucion efectuada en lo político, moral y religioso se suspira por la revolucion social, y se anhela á un estado fantástico de comunismo, que no ha existido ni puede existir. La parte de este pensamiento que cabe en la práctica, era la que habia logrado ejecutar el cristianismo con sus comunidades religiosas (aunque enderezadas á fin mas alto que el de los comunistas modernos). ¿Por qué los revolucionarios y regeneradores las han perseguido con encarnizamiento hasta destruirlas ó reducirlas casi á la nada? Allí tenían entrada los hijos del pueblo, que podian llegar, como en efecto llegaron muchos, á los puestos mas eminentes de la iglesia y del estado: allí se educaba á los pobres, se los alimentaba, se les enseñaba el camino de la virtud, se los sostenia en esta penosa peregrinacion, y se les mostraba el término de ella ayudándolos á llegar allá. El autor, como otros muchos escritores de su nacion enemigos declarados del catolicismo, pugna por sustituir á este el deísmo, en el cual se figuran poder refundir todas las religiones, y forja una moral de invencion humana. Este plan no es nuevo por cierto; y los inútiles esfuerzos de tantos filósofos y reformadores parece que debieran haber desengañado á los regeneradores de nuestros dias haciendolos desistir de su propósito.

En razon de lo que dejamos manifestado, creemos que á ninguno de nuestros lectores quedará duda de lo pernicioso que es la novela de *Martin el Expósito*, la cual debe considerarse como prohibida por mas de un título.